

Miguel Hidalgo en el pensamiento de José Martí

Por Salvador E. MORALLS PIRIZ*

NO CABE DUDA QUE UN IXCI SO MITIFICADOR ha inundado y tergiversado la imágenes de grandes personalidades de la historia americana. No tanto por la historiografía profesional como por periodistas y políticos encargados de grandes panegíricos de ocasión. Tales excesos han llegado a delirios retóricos repugnantes. Se han ahogado estatuas históricas con grandes marejadas de adjetivaciones hiperbólicas. Productos, en su mayoría, no sólo de la admiración desbordada y el homenaje ferviente, sino de elaboraciones litúrgicas nacidas de los enfermizos caletres de la parvada de burócratas y cortesanos del poder. Ejercicios literarios de camarillas intelectuales que de diversas formas han medrado sin gloria a la sombra de conmemoraciones como ocasionales cronistas sociales de efemérides patrias.

A la par de esta producción oficialista masiva y seriada de estereotipos esperpénticos, como diría Valle Inclán, de figuras de relieve histórico, la mitificación nacida en el seno de la cultura popular, generalmente bastante contada y ahogada. La ingenua fabulación transmitida de boca en boca, de abuelos a nietos, de generación en generación, se distorsiona, se vuelve trivial y se tergiversa.

Por regla general las dos fuentes generadoras de mitos terminan por confundirse y la que goza de más medios se impone. Así se crea cierta perfonificación distanciada de una recepción popular adecuada. El héroe devino en icono ritualmente reverenciado en un calendario oficial— epidérmicamente conocido. Elevado así a figura incólume dentro del patriarcado electo por la cúpula dominante. e disputo de personalidades potabilizadas para las conveniencias ideológicas del *status quo* desde el siglo XIX. Tales imágenes han sobrevivido al proceso de estudios rigurosos realizados desde mediados del siglo XX. Sin embargo, en los últimos años las circunstancias y necesidades de los poderes hegemónicos han ido cambiando.¹

* Investigador del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, México. E-mail <salvadormp39@yahoo.com>

¹ Un ejemplo sustitutivo “en el descubrimiento, en el uso (y en el abuso) de los espectáculos deportivos como forma de galvanizar conciencias alrededor de ideologías”, lo comprendía muy bien Fernando Ainsa en “Héroes y antihéroes del deporte” y “La ficción” en el libro *Espacios del imaginario latinoamericano propuestas de geopolítica*, I.a Habana, Arte y Literatura, 2002, pp 203-225

Tengo para mi cuenta cierta consideración correlativa entre los inconsistentes liderazgos políticos en contemporánea exhibición, en brutal contraste con los del pasado heroico, hoy día sometidos a variada revisión. Si en el lejano ayer grandes hombres como Miranda y Bolívar, Hidalgo y Morelos, Artigas y San Martín, Martí, Maceo y Máximo Gómez, constituyeron una galería de magnas personalidades, con toda la cauda de limitaciones, defectos y errores que se les quiera subrayar, hoy día el panorama para valorar a las grandes personalidades es distinto. Y muy distinto. Con honrosas excepciones la clase política en el mundo exhibe en sus mediocres liderazgos muy poca estatura. Por supuesto, el heroísmo político e intelectual de una cohorte de políticos e intelectuales compuesta de oscuros burócratas y miméticos tecnócratas no clasifica para la condición de grandeza. Esta creciente galería de figurillas desechables se vuelve alérgica al contraste.

Tales personajes están siempre dispuestos a apoyar cualquier corriente de revisión historiográfica que contribuya a reducir las distancias. Estamos en una época en que aquellos estereotipos de endiosamientos primitivos han dejado de funcionar. La acrecida ilustración y ampliación de la cultura política de importantes sectores sociales aconsejó cambiar el tratamiento historiográfico. Los iconos intocables se han bajado de los pedestales. Han sido despojados, por ciertos historiadores cercanos a los grandes resortes de los poderes, del halo divino, angelical, que los libraba de todo intento de examen y se emprende una "freudiana" hominización con toda la malicia unilateral de hacerlos tan inaceptables como los mármoles fríos que antaño aprisionaban los seres históricos reales que fueron.

El casi centenario procedimiento freudiano, sin verificar mucho la validez de las fuentes que les sirven de fundamento, ha sido llevado a todos los extremos posibles con el afán de hacer más relevantes las debilidades, inconsistencias, vicios, errores, torpezas, vergüenzas, equívocos y pecadillos de toda laya. Historiadores de aparente profesionalismo se han convertido en curitas de morbosos confesionarios. Los antiguos panegiristas o silenciosos cronistas han sufrido una mercantil metamorfosis. Con un salto espectacular prescinden de un ponderado proceso de revisión histórica para asaltar los grandes escenarios mediáticos propicios a la farandulería historiográfica.

Lo más gracioso del caso es que la médula de lo necesariamente discutible en las grandes personalidades es marginada, se desdeña el análisis a fondo del liderazgo, la conducción, la realización y modificaciones del proyecto en curso, los consensos sociopolíticos, la significación de las resistencias, los mimetismos, las alianzas precarias. En fin,

algunos prescinden del estudio historiográfico circunstanciado por un poco de literatura especulativa, sensacionalista, amarillista y mercadotécnica. El reetiquetamiento no repara en ingeniosas descalificaciones, comparaciones dudosas, reivindicaciones de risa, saqueando los anticuados arsenales de los detractores del proceso revolucionario.

Todas estas ideas me han venido a la mente en ocasión de la polémica levantada por ciertos artículos publicados por la revista mexicana *Nexos* en estos tres últimos años. En su mayoría apuntan hacia un revisionismo poco convincente, proclive a un sensacionalismo análogo a los *talk shows* y al chismorreo farandulero.

Coincidentemente, he vuelto a examinar las semblanzas hechas por José Martí sobre las grandes figuras históricas como parte de su producción latinoamericanista y la integración de la historia en su discurso revolucionario antiimperialista. A ello se ha sumado un aliciente accidental. En el año 2003 se conmemoraron los natalicios de dos grandes, el de Miguel Hidalgo y el de José Martí, separados por un siglo de distancia pero muy cercanos en cuanto a significación profunda y trascendente en los tortuosos anales de la historia latinoamericana.

Martí dedicó una especial atención y una exaltada valoración a la personalidad del cura Hidalgo. Cierta es que se trataba de un cura y para Martí, con pocas excepciones (el padre MacGlynn, por ejemplo), los curas metidos en la política no eran bienvenidos. Sin embargo, éste no era sólo un cura, era mucho más que eso, como lo pueden dejar ver las numerosas referencias a Hidalgo en sus escritos que culminan en la conocida semblanza dada a luz en *La Edad de Oro*.

Para quienes hemos hurgado y revuelto la papelería martiana una y otra vez en tercetos intentos de conocer con mayor rigor el pensamiento de aquel creador revolucionario, el cura Miguel Hidalgo se prendió a su mente como la personalidad emblemática del gran proceso independentista mexicano. Ello ocurrió cuando esa noción apenas iba dando renovadores pasos hacia los magnos parámetros que andando el tiempo se le reconocieron.

Por fuerza me remonté al Martí de los años mozos, al joven recién llegado a un país extraño obligado al destierro al que lo llevó su temprana adhesión por la independencia de Cuba y la liberación de los esclavos. El joven de bigotes fieros, cabellera hirsuta y temperamento impetuoso que había desembarcado en el puerto de Veracruz el 8 de febrero de 1875. El mismo que a poco de arribar a la ciudad de México obtuvo las primeras muestras de amistad y hospitalidad mexicana por intermedio de un hombre generoso oriundo de La Piedad, Michoacán.

Fue precisamente este michoacano, Manuel Mercado, quien sin mezquinas prevenciones parroquiales supo reconocer el talento y la disposición de servicio del joven cubano y lo recomendó a sus amistades y relaciones en el mundo de la cultura y la vida política. En el territorio de la palabra dio prontas muestras de su conocimiento y valoración de los hechos y de las personalidades de la historia de México. Episodios y figuras que dejaron fluir significativas experiencias históricas y morales en la conformación de su propia personalidad y en el discurso político sintetizador que sirvió de infraestructura teórica a su magno proyecto revolucionario.

o sabemos a ciencia cierta de qué fuentes se sirvió el cubano para iniciar su conocimiento acerca del cura insurgente. Martí fue muy descuidado para anotar los autores y libros que leía y las exactas referencias bibliográficas. No han quedado cuadernos de apuntes durante su estadia en México como aquellos que llevó durante su estancia en España y en otros lugares donde residió.

Sin embargo, bien se puede imaginar que algún estudio previo tuvo probabilidades de comenzar y realizarse entre las obras que pudo consultar en las bibliotecas de su maestro Rafael María de Mendive y de la familia de su amigo Fermín Valdés Domínguez, y luego de su llegada a México, lo que en esta época circulaba como asequible. He pensado que las obras de Mariano Torrente impresas en La Habana, consideradas por especialistas como bien documentadas, pueden haber desempeñado cierto papel iniciador, salvando las suspicacias del adolescente ya identificado con una causa opuesta al sentir del escritor español.²

Lo más probable es que haya consultado las interpretaciones de Carlos María de Bustamante, abogado oaxaqueño que apenas consumada la independencia dio a conocer la obra titulada *Cuadro histórico de la Revolución Mexicana*, redactada en género epistolar. En 1843 se hizo una edición en ocho tomos. No era mucho de lo que se disponía entonces. Aún no se publicaba la extraordinaria recopilación de Juan Hernández y Dávalos.³ Apenas seis años antes del arribo del exiliado antillano había comenzado a circular una "rarísima biografía de Miguel Hidalgo de autor desconocido", al decir de Moisés Guzmán, la cual, añade, "formó parte de la *Biblioteca de la juventud*, una colección creada con el objeto de inculcar valores cívicos y morales en la

Mariano Torrente, *Historia de la Independencia de México*. Madrid, Editorial América, 1918

³ Juan E. Hernández y Dávalos, *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821*, México, 1878-1882

niñez”.⁴ No es descartable la oportunidad de haber conocido este texto. Hasta este punto no existen referencias con respecto a las obras de Lucas Alamán, que casi seguro no le hubieran gustado por su acritud hacia el cura rebelde, ni las de Lorenzo de Zavala y José María Luis de Mora escritas en el mismo tono.

Sin duda, Martí llegó a un México donde aún no se había apagado la efervescencia de una fiera lucha por reconquistar una vez más la independencia perdida. Entonces, todo elemento cultural necesario para legitimar los derechos de México a su autodeterminación fue enarbolado. Durante los cuarenta y tantos años transcurridos desde la separación de España, el flamante Estado nacional había tenido que sortear graves peligros para su supervivencia. A partir de la restauración republicana un peculiar nacionalismo había brotado en los sectores predominantes del cuerpo que respondía al nombre de México. En lo que respecta al cura Hidalgo hay que destacar la campaña reivindicadora desplegada por años y sin tregua a través de la polémica pluma de Ignacio Ramírez. El famoso *Nigromante* fue la figura portadora del liberalismo más radical y avanzado. Sus ideas fueron especialmente molestas a los medios conservadores por su irreverencia hacia las creencias ultramontanas y por su audacia en plantearlas. Con este paladín de la relevancia de la personalidad de Hidalgo, Martí compartió numerosas tertulias durante 1875 y 1876. A mi juicio, más allá de la rivalidad por las atenciones de Rosario de la Peña, Ramírez influyó bastante en la redefinición de las ideas sociopolíticas del joven Martí. Como nos dice David Maciel, reconocido especialista en la obra de Ramírez, la República Restaurada usó a fondo la historiografía. La misión de los historiadores fue la de crear “mito que fortalecieran la nacionalidad y los héroes que la simbolizaran, proporcionando de esa manera una versión oficial del pasado histórico”.⁵ Aunque creo que tal mitología más bien fue articulada y sistematizada ante la coyuntura imperialista. Nacionalidad y liberalismo —agrega Maciel— resultaron “sinónimos en el *Compendio de la historia de México* de Manuel Payno, así como Miguel Hidalgo sería el progenitor por excelencia de la nación mexicana en los discursos patrióticos de Ignacio Ramírez”.⁶

⁴ Moisés Guzmán Pérez, *Miguel Hidalgo y el gobierno insurgente de Valladolid*, Morelia, Instituto de Investigaciones Históricas/UMMSH, 2003, p. 31

⁵ Introducción a Ignacio Ramírez, el *Nigromante*, *Obras completas*. México, Centro de Investigación Científica Jorge I. Tamayo, 1984, tomo I, p. cxii

⁶ *Ibid.*, más adelante cita un fragmento de Ramírez, que nos permite atisbar mejor en su valoración de Hidalgo. “si nos encaprichamos a ser aztecas puros, terminaremos por el triunfo de una sola raza, para adornar con los cráneos de las otras el templo del Marte americano; si nos empeñamos en ser españoles, nos precipitaremos en el abismo de la

Esta atmósfera ideológica prevalecía cuando Martí llegó a tierras mexicanas. Como es natural, la exaltación tenía una intención política anticolonial y antihispana en la antigua formulación de una nación en busca de consolidación. En el seno de ese ambiente fue de cierta peculiaridad que Ramírez evocara el jacobinismo del cura Hidalgo. Es muy posible que Martí escuchara de sus labios esta nada desdeñable y desafiante valoración.

Al revisar las cada vez más completas obras de Martí —recuérdese que llegó a México a inicios de febrero de 1875— hemos hallado en la *Revista Universal* una gacetilla del 17 de abril de 1875 atribuida a él, con el título “Honra a los que honran”. En ella se da noticia de la resolución de la legislatura del estado de Zacatecas para que los nombres de Miguel Hidalgo, Benito Juárez y Francisco García Salinas se colocaran con letras de oro en el salón de sesiones, en el tribunal de justicia y en el despacho del Poder Ejecutivo. El joven gacetillero puso de colofón una pregunta que tal parece un exorcismo: “¿Qué acto malo se hará y quién ha de tener valor para hacerlo, allí donde preside la memoria de los héroes y padres de la patria?”.⁷ La elíptica normatividad sugerida puede catalogarse de cándida. Hace aparecer a los héroes mencionados como espíritus tutelares guardianes de la moral política.

o cabe duda que la intención de Martí es establecer parámetros de conducta.

Tres días después apareció una nueva gacetilla en el mismo periódico, que los compiladores de la edición crítica también atribuyen al joven Martí; la titularon “Álbum de Hidalgo” y dice así:

Días hace anunciamos que saldrá pronto a la luz esta interesante publicación. Se ha puesto ya a la venta, y su precio reducido y su verdadero valor aseguran para el libro un éxito completo. No habrá casa de mexicano donde el libro de su héroe no esté bien, como no hay casa de americano del norte que no engalane sus paredes con los retratos de Washington y Lafayette. El respeto a los héroes ayuda al nacimiento de héroes nuevos.⁸

En esta gacetilla creemos ver una alusión a la publicación del libro de visitantes iniciado por Benito Juárez a su paso por la casa en que vivió el cura Hidalgo en Dolores poco antes del estallido de 1810. Ese libro

reconquista, pero ¡no!, ¡jamás!, nosotros venimos del pueblo de Dolores, descendemos de Hidalgo, y nacimos luchando como nuestro padre por los símbolos de la emancipación”, *ibid.*, p. cxx

⁷ José Martí, *Obras completas*, La Habana, Crítica/ Centro de Estudios Martianos, 2001, tomo 3, p. 137.

⁸ *Ibid.*, esp. p. 139, no se añade nota aclaratoria

de visitas iniciado en 1863, en el apogeo de la intervención francesa, fue editado por el publicista Ireneo Paz en 1875.⁹ El álbum es la recopilación total de cuanta dedicatoria, impresión, recuerdo, poema, fueron dejando caer en sus páginas aquellos transeúntes, peregrinos civiles, al visitar la casa desde donde el audaz cura Hidalgo salió a la confrontación armada con las fuerzas de la dominación colonial. No sólo están registrados los pensamientos de Juárez y su equipo trashumante, también el usurpador austriaco los plasmó. Es un variadísimo documento de fervor patriótico popular. Mucha retórica, algunas cursilerías propias de la época pero, sobre todo, un sentimiento de real respeto y admiración popular. Merece un estudio más detenido.

La siguiente vez que el joven Martí se refiere a Hidalgo con cierta extensión, de la cual parte una preocupación sostenida, fue en una gacetilla de ocasión por la conmemoración del natalicio del héroe el 11 de mayo de 1875. El Liceo Hidalgo, una de las instituciones culturales más reputadas de aquel entonces, había convocado en unión de la Sociedad Filarmónica, a una velada que estuvo marcada por una ínfima asistencia. El boletín redactado por Martí para reseñar el acto, bajo el pseudónimo de *Orestes*, fue revelador de una fuerte molestia ante tan exigua concurrencia, que contrastaba con los llenos de aquel salón días atrás en razón de unas célebres polémicas filosóficas.¹⁰ Fue entonces más allá de la referencia incidental cuando expresó una sintética valoración, al mismo tiempo que comenzaba a esbozar una postura respecto a la inserción de la cultura y de la historia latinoamericana en el ámbito internacional y la valoración de nuestras penalidades en relación con otras figuras diversas del mundo:

Hidalgo fue de esa familia de hombres que sacuden al aire una bandera, miran de frente al sol, y al sol arrancan luz para su gloria, y al aire arrancan el secreto de la independencia de un país.

No son hombres distintos en América el anciano de Mount Vernon, el sacerdote de Dolores, y el héroe que en las llanuras del Mediodía fatigaba

⁹ Ireneo Paz hizo una segunda edición facsimilar en 1883. Una tercera edición facsimilar con prólogo de Raúl Arreola Cortés se hizo en el Instituto de Investigaciones Históricas / Centro de Cultura Nicolaita de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo en el 2000.

¹⁰ “¿Por qué estuvo tan triste y tan solo el Liceo Hidalgo? Se honra la memoria de un padre de la patria, se habían unido para honrarla dos sociedades distinguidas, iba a presentarse al público una poetisa joven y simpática ¿por qué aquel salón que llenó tres veces una discusión sobre cuestiones abstractas, estaba abandonado y frío cuando, con honrar a su fundador, honraba los albores vigorosos de la noble independencia mexicana?”, Martí, *Obras completas* [n. 7], tomo 6, pp. 197-198

con la carrera su caballo, y su cerebro con el peso de los pueblos surgidos a su altiva voluntad, potentes y desenvueltos de miseria. No son hombres distintos en América, Washington, Bolívar e Hidalgo. Es la fuerza de honra herida abierta por impulso igual en tres potentes formas. Un hombre es el instrumento del deber: así se es hombre.¹¹

Es muy breve la poética referencia, pero mirada en perspectiva reveladora advertimos en la expresión literaria un punto de partida, de conocimiento, de valoración bien meditada. La significación de Hidalgo ha sido correctamente fincada para expresar y defender un parangón con dos figuras que se disputaban trascendencia histórica universal: George Washington y Simón Bolívar. La retórica del poeta no excede las razones profundas que sostienen su glorificación. Ciertamente es, en Martí, el elogio pronto para todo mérito y valer, formaba parte de su concepción de la cultura como instrumento de transformación de la fiera en hombre. No obstante, es de observar que cada expresión de su verba y pluma no carece de firme sustento, de semilla de verdad al pie de los frutos. No incurrió en la deshumanización del héroe como fue típico de aquella época.¹² Todo lo contrario subraya esa condición por tres ocasiones.

En aquella triste reunión mencionada se dio a conocer una propuesta durante la disertación de Gustavo Baz. Se presentó y fue aprobada con aplausos una proposición para que el gobierno decretase la construcción de un monumento a la memoria de los héroes de la Independencia. Entonces Martí volvió a la carga con la idea expresada días antes, aunque de forma más sintética: "Como el corazón es casa para los recuerdos, el monumento es casa para héroes. El pueblo debe tener objetos vivos en que encarnar y hacer sensibles su respeto y su amor. Los sentidos avivan el alma: modo de engrandecer el espíritu, es hacer a los sentidos conductores de sensaciones de grandeza".

Pocos días después el boletínista anunció que el Congreso había aprobado la erección de un monumento a la "memoria del inmortal Miguel Hidalgo y Costilla. Inmortal dice el proyecto: hermosa verdad". Es decir, que trasciende la muerte. Al poeta periodista parece haberlo impresionado mucho lo que dijo en la tribuna del Congreso un hombre anciano, "de voz tranquila que recordaba los tiempos en que de los garfios de los castillos colgaban las cabezas de los héroes". El heroísmo se rubrica con la muerte aceptada como recompensa del riesgo.

¹¹ *Ibid.* p. 198

¹² Como lo expone en sugestivo y polémico ensayo Germán Arciniegas. "El siglo XIX en América y la deshumanización del héroe", compilado en *Este pueblo de América*. México, ep-setentas, 1974, pp 154ss

En aquellos tiempos se había cuestionado cualquier analogía de los próceres hispanoamericanos con Washington. Martí no hubiera incurrido en hacer comparaciones que siempre resultan odiosas si no fuera porque éstas se hubieran hecho de modo tendencioso. Éste fue el caso del entonces muy conocido historiador alemán, Georg Gottfried Gervinus, quien expuso una tesis que debió causarle irritación:

Aún en vida de Bolívar, sucedió que algunos de sus compatriotas, exentos de envidia, como el bonachón Páez, algunos aduladores frívolos que tenía en Europa, como De Pradt, y algunos ingleses celosos por los honores merecidos por los norteamericanos, ensalzaron a Bolívar hasta ponerlo muy por encima de Washington. Sin embargo, el tiempo que ha corrido desde que desapareció Bolívar no ha confirmado este juicio y las sentencias de la historia no lo confirmarán jamás. La comparación en que se funda no es exacta en ninguno de sus puntos y el cuadro brillante que presentan estas antítesis, seducirá y deslumbrará cuando mucho a soñadores y jóvenes poéticos por impresionante que pueda parecer¹³

Según el estudio realizado por Carlos Pereyra, "Gervinus consiguió su propósito, y los juicios históricos se han formado en la antítesis que él formó arbitrariamente".¹⁴

El historiador alemán tuvo a su favor, agrega Pereyra, "la leyenda personal de Washington y el prejuicio de las orgullosas razas teutónicas que niegan toda manifestación de grandezas reales en las razas que habitan los países del mediodía".¹⁵

Estas concepciones injustas, prejuzgadas y de escaso fundamento dieron sentido a la citada reiteración de igualdad, e incluso superioridad, de los próceres de nuestra América con el jefe del movimiento de las trece colonias. Martí nunca trató de restarle mérito a Washington. Siempre lo apreció positivamente. Sin embargo, tuvo muy en cuenta la diferencia de condiciones. La independencia hispanoamericana no tuvo las ventajas de la de los angloamericanos. No contaron con apoyos de España, Francia, voluntarios haitianos. Por el contrario, tropezaron con los propios intereses de Estados Unidos. Para alcanzar este nivel de entendimiento había que conocer muy bien la historia de nuestro continente y de la vida de los grandes hombres.

La irritación y preocupaciones de Martí deben ser entendidas en el contexto de un pensamiento político en vertiginosa ampliación ante

¹³ Citado por Carlos Pereyra, *Bolívar y Washington un paralelo imposible*, Madrid, Editorial América, 1915, pp. 227-228

¹⁴ *Ibid*

¹⁵ *Ibid.*, p. 229

nuevas realidades. Evolución lógica, característica de quien comenzaba a tener por norma de producción intelectual la prueba de las condiciones propias y la pauta de crear nuevos elementos originales o modificar los ejemplos.

Por otra parte Martí había llegado a un medio social y cultural que practicaba su espiritualidad de una manera muy diferente a la conocida en Cuba, aunque bastante más semejante a la de aquella España —entonces convulsa— en donde predominaba la intolerancia contra formas distintas de creer y pensar. En un artículo publicado pocos días antes en la misma *Revista Universal*, en ocasión de la celebración de la victoria del 5 de mayo, expuso sus criterios acerca de la necesidad de renovación del utillaje mental de las nuevas repúblicas. En caso bien concreto, defendió la propuesta de cambiar el contenido de prácticas y creencias sobrenaturales por un cuerpo de valores cívicos:

El culto es una necesidad para los pueblos. El amor no es más que la necesidad de la creencia: hay una fuerza secreta que anhela siempre algo que respetar y en qué creer. Extinguido por ventura el culto irracional, el culto de la razón comienza ahora. No se cree ya en las imágenes de la religión, y el pueblo cree ahora en las imágenes de la patria. De culto a culto, el de todos los deberes es más hermoso que el de todas las sombras. Bien hace el pueblo mexicano en celebrar fiesta el día en que el enemigo de su libertad fue atacado y abatido esta fiesta no significa odio, esta fiesta significa independencia patria. Lo que se celebra aquí no es la vergüenza de los que cayeron, es la enseñanza provechosa del cumplimiento de un deber, encendido por el valor, alentado por la patria, coronado y bendecido por la gloria. Se olvida a los caídos, pero se premia a los héroes. Las fiestas nacionales son necesarias y útiles. Los pueblos tienen la necesidad de amar algo grande, de poner en un objeto sensible su fuerza de creencia y de amor. Nada se destruya sin que algo se levante. Extinguido el culto a lo místico, álcese, anímese, protéjase el culto a la dignidad y a los deberes. Exáltese al pueblo su exaltación es una prueba de grandeza.¹⁶

La sustitución de creencias exigida parece inspirada en las experiencias revolucionarias jacobinas. Late la idea de un culto a la revolución arrolladora que barrió con tres siglos de dominio colonial. El culto a nuestros héroes americanos busca la formación de un nuevo panteón mitológico de raíces autóctonas. Desde luego, no aspira a establecer una relación religiosa y alienante entre el héroe y su pueblo, sino un estímulo moral, un arquetipo de conducta política y social basado en un concepto ciudadano activo. No fue ése precisamente, el camino

¹⁶ Martí. *Obras completas* [n. 7], tomo 6. p. 195.

seguido por la nueva oligarquía dominante, más orientada hacia los paradigmas de Europa y Estados Unidos que a los elementos propios.

Con esa preocupación americanista por las inclinaciones exóticas observables entre los que poseían y mandaban, con el apoyo de algunos intelectuales cobijados bajo el sistema imperante exigió creación a partir de lo propio. El rechazo a la imitación comenzó a mostrarse bajo distintos razonamientos y ejemplos.

Un pueblo nuevo necesita una nueva literatura. Esta vida exuberante debe manifestarse de una manera propia. Estos caracteres nuevos necesitan un teatro especial. La vida americana no se desarrolla, brota. Los pueblos que habitan nuestro continente, los pueblos en que las debilidades inteligentes de la raza latina se han mezclado con la vitalidad brillante de la raza de América, piensan de una manera que tiene más luz, sienten de una manera que tiene más amor, y han menester en el teatro—no de copias serviles ni de naturalezas agotadas— de brotación original de tipos nuevos. México necesita una literatura mexicana [...] Un pueblo que quiere ser nuevo, necesita producir un teatro original.¹⁷

Era la línea que habían sembrado Ramírez y Altamirano: la definición nacional de la cultura. Así, al joven Martí le tocó presenciar una nueva etapa de formulación de cultos cívicos. Además de la erección del monumento se hallaban enfrascados en la localización confiable de los restos de Hidalgo, Allende, Aldama y Abasolo.¹⁸ El triunfo de los liberales sobre la reacción y el imperio traído del extranjero había abierto condiciones para la reafirmación de los valores nacionales. Naturalmente, en cuanto fortalecía las decisiones y los sentimientos de independencia. Desde luego, Hidalgo era la estrella principal. Donde quiera que se le presenta su imagen guarda esa impresión de aquel hombre rayano en la ancianidad hundido en el torbellino de una insurrección.¹⁹

No desperdicia ocasión propicia para traer al pensamiento de sus lectores la presencia de aquellos humanos que en una decisión de extrema importancia cruzaron el borde que separa una vida común de una de grandeza, con su cauda de gloria, pruebas y riesgos.

Cuando llegaron los días de prueba con el derrocamiento del gobierno que había obtenido sus simpatías, el gobierno de Sebastián Lei-

¹⁷ *Ibid.*, pp. 199-200.

¹⁸ *Ibid.*, p. 204

¹⁹ “Primitivo Miranda ha colocado aquí su buen retrato de Morelos. Severa figura, adecuado conjunto, buen estudio de ropas y verdad en los términos, son cualidades que recuerdan a la memoria cariñosa el retrato de Hidalgo, aún más bello que éste, que a manera de sombra venerable tiene en su sala de estudio Guillermo Prieto, buen hijo de la libertad, y favorecido hermano de las Musas”

do de Tejada, la personalidad de Hidalgo, junto con la de Morelos, vuelve a ser invocada en el artículo titulado “*Alea jacta est*”:

¿Conque al fin es verdad? ¿Conque se vuelven a matar los mexicanos? ¿Conque se ha violado una tradición, derrocado a un gobierno, ensangrentado un año a la patria, para volver de nuevo a ensangrentarla, para desacreditarnos más, para ahogar en germen el adelanto que alcanzábamos y el respeto que se nos iba teniendo, para hacernos más imposibles a nosotros mismos todavía?

¿Y qué mueve esos ejércitos?, ¿quién carga esos fusiles?, ¿quién lleva a la muerte a esos hombres robustos que van a campaña del brazo de sus mujeres, indiferentes y serenos, con sus hijuelos palmoteando y meciéndose sobre las mochilas?

¿Quién desangra a este pueblo todo vida?, ¿quién pervierte a esos hombres todo amor? No es la generosa sangre azteca, caída como rocío sobre la tierra y trocada luego en activo espíritu de mártires en la guerra de Hidalgo y de Morelos; no es la dignidad humana, lastimada en tiempos de vergüenza por una insolente dictadura y vejada en la voluntad de cada hombre por la voluntad nerviosa y exigente de un autócrata; no es la conquista de un principio, Jordán de los pueblos que han sufrido las injerencias mortíferas del coloniaje español; no es la sagrada era patriótica, que convertía en muros los pechos de los hombres, y en dardos flamígeros sus brazos para arrojar con la fuerza de su aliento la invasión que humillaba el suelo patrio; no es una guerra de independencia, una conquista de principios, una desamortización de la conciencia, una resurrección de la dignidad.

Es que una facción quiere a toda costa levantar a su caudillo a la presidencia definitiva de la república; es que una falange de partidarios azuza a su jefe y le extravía, es que un grupo de voluntades desordenadas han hecho garra en el corazón destrozado del país ²⁰

La casi inmediata salida de México no implicó el olvido de la historia y de las grandes personalidades del país que le dieron afectuosa hospitalidad. Luego, en los años que vivió en el exilio, la figura de Hidalgo, si bien no gozó del mismo lugar que la de Bolívar, por razones que considero programáticas y no debidas a subvaloración alguna, estuvo presente en su discurso político. Constituía parte integrante de ese imaginario latinoamericano en proceso de reelaboración por intermedio de sus experiencias en una realidad cambiante.

En la semblanza escrita en elogio al sabio cubano Antonio Bachiller y Morales en enero de 1899, para *El Avisador Hispano-americano*

²⁰ Martí, *Obras completas* [n 7], tomo 6, p. 359.

que editada en Nueva York, invoca la cohorte de paladines revolucionarios que habría iluminado la senda emancipadora.

Nació cuando daba flor la horca de Tupac Amaru; cuando la tierra americana, harta de pena, echaba a los que se habían puesto a sus ubres como cómitres hambrientos; cuando Hidalgo, de un vuelo de la sotana, y Bolívar, de un rayo de los ojos, y San Martín, de un puñetazo en los Andes, sacudían, del Bravo al Quinto, el continente que despertó llamando a guerra con el terremoto, y cuajó el aire en lanzas, y a los potros de las llanuras les puso alas en los ijares. Nació cuando la misma España, cansada de servir de encubridora a un gitano, se hallaba en un bolsillo de la chaqueta el alma perdida en Sagunto. Nació cuando, al reclamo de la libertad que les es natural, los americanos saludaron la redención de España, la luz del año doce, con acentos que al mismo De Pradt parecían dignos, no de colonos de Puerto Rico y Veracruz, sino de los hombres más instruidos y elocuentes de Europa. Nació en los días de Humboldt, de padre marcial y de madre devota, el niño estudioso que ya a los pocos años, discutiendo en latín y llevándose cátedras y premios, confirmó lo que Humboldt decía de la precocidad y rara ilustración de la gente de La Habana, "superior a la de toda la América antes de que ésta volviese por su libertad, aunque diez años después ya muy atrás de los libres americanos"²¹

Años después en otro artículo publicado en *Patria* en noviembre de 1893, titulado "Conversación con un hombre de la guerra", volvió a evocar la gesta heroica.

En lo alto del bufete, con la ley en la mano, está una estatua de Hidalgo, el libertador de México. Allí a solas, con un poco de sol de invierno en el cuarto lleno de libertad, habla un cubano con un hombre de la guerra la guerra está a mano: ¡se la atará, o se la desatará, según convenga a la patria! []

A este punto de la conversación, estaba ya la tarde muy al caer, pero había en el cuarto una claridad como de día. No se habló más del pasado, sino del presente. Lo que fue, es la raíz de lo que será. Allí estaba Hidalgo, a quien le colgaron de un garfio la cabeza: ¡pero México es libre! Allí estaba Páez, a quien tenían preso una vez, ¡y de un arrebato salió de la prisión, aterró y amarró a la guardia, y vino a libertar a sus compañeros! Allí estaba San Martín, que aprendió a soldado bajo España ¡y luego armó a sus cayanos, que eran gente infeliz, y con ellos echó a España de América!²²

De todos los textos en que Martí se refiere a los grandes hombres de nuestra América uno de los más importantes y significativo es para mi

²¹ *Ibid.* . tomo 5, p. 144

²² *Ibid.* . tomo 4, p. 462

el relato "Tres héroes". Como es sabido éste fue el primer texto de la revista infantil fundada en 1889 que llamó *La Edad de Oro*. Esta publicación tuvo como declarado propósito formar un nuevo tipo de hombre latinoamericano capaz de pensar por sí mismo y de decir lo que piensa. Es de enorme significación el haber considerado como primera lectura las personalidades de tres hombres que conmovieron el continente con sus acciones. El relato comienza evocando la llegada de Martí a Caracas en enero de 1881, cuando fue directamente donde está la estatua ecuestre de Bolívar a rendirle silencioso homenaje. De la anécdota saltó a la explicación y a la valoración de la estatura del héroe sin poner detrimento a los hombres que le acompañaron en la titánica epopeya de la emancipación y a la definición de la libertad que viene asociada al hecho libertador:

El viajero hizo bien, porque todos los americanos deben querer a Bolívar como a un padre. A Bolívar, y a todos los que pelearon como él porque la América fuese del hombre americano. A todos: al héroe famoso, y al último soldado, que es un héroe desconocido. Hasta hermosos de cuerpo se vuelven los hombres que pelean por ver libre a su patria.

Libertad es el derecho que todo hombre tiene a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía. En América no se podía ser honrado, ni pensar, ni hablar. Un hombre que oculta lo que piensa, o no se atreve a decir lo que piense, no es un hombre honrado. Un hombre que obedece a un mal gobierno, sin trabajar para que el gobierno sea bueno, no es un hombre honrado. Un hombre que se conforma con obedecer a leyes injustas, y permite que pisen el país en que nació los hombres que se lo maltratan, no es un hombre honrado. El niño, desde que puede pensar, debe pensar en todo lo que ve, debe padecer por todos los que no pueden vivir con honradez: debe trabajar porque puedan ser honrados todos los hombres, y debe ser un hombre honrado. El niño que no piensa en lo que sucede a su alrededor, y se contenta con vivir, sin saber si vive honradamente, es como un hombre que vive del trabajo de un bribón: y está en camino de ser bribón.²³

Así, con igual crudeza les hablaba a niños y niñas, con esas palabras cargadas de rara fuerza moral. Muy distintas a las empleadas por los cuentecillos moralizantes que empezaban a difundirse masivamente en el ámbito de las lecturas infantiles y de la pedagogía autoritaria y disciplinadora. Modo muy distinto al ritual cívico de mucha pompa, y de escaso y tendencioso saber, con que se domesticaba a los pueblos nacientes. Muy por las claras predica un culto a la honestidad, a la osadía, a la inconformidad y la rebeldía.

²³ *Ibid.*, tomo 18, pp. 304-305

En ese contexto altamente politizado deslizó su concepción del heroísmo aplicada a las tres personalidades emblemáticas de la nueva historia americana aún bastante mal pergeñada.

Hay hombres que viven contentos aunque vivan sin decoro. Hay otros que padecen como en agonía cuando ven que los hombres viven sin decoro a su alrededor. En el mundo ha de haber cierta cantidad de decoro, como ha de haber cierta cantidad de luz. Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Ésos son los que se rebelan con fuerza terrible contra los que les roban a los pueblos su libertad, que es robarles a los hombres su decoro. En esos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana. Esos hombres son sagrados. Estos tres hombres son sagrados: Bolívar, de Venezuela, San Martín, del Río de la Plata; Hidalgo, de México. Se les deben perdonar sus errores, porque el bien que hicieron fue más que sus faltas. Los hombres no pueden ser más perfectos que el sol. El sol quema con la misma luz con que calienta. El sol tiene manchas. Los desagradecidos no hablan más que de las manchas. Los agradecidos hablan de la luz.²⁴

Es curioso el observar los conceptos implícitos en la visión de Martí, visión desde luego impregnada del romanticismo del cual fue confeso deudor, pero también de elementos nuevos apropiados a una etapa de tortuosa democratización de la vida política moderna. Recordemos algo que tiene muy presente el enunciado calificador empleado por el autor de las semblanzas: que *héroe*, en griego, quiere decir *divino*, *sagrado*. Llamó sagrados a los tres hombres sin dejar de reconocerles su condición humana. No se anduvo por las ramas, eludió la beatificación. Tuvieron errores, cometieron faltas. Eran seres humanos que en la hora de las definiciones supieron condensar una reacción y tomar la iniciativa. Los elementos retóricos de esa época, sol, luz, dignidad, quedan subordinados a las ideas esenciales. Ese enfoque es el que utiliza para valorar la personalidad del cura mexicano:

México tenía mujeres y hombres valerosos que no eran muchos pero valían por muchos: media docena de hombres; y una mujer preparaban el modo de hacer libre a su país. Eran unos cuantos jóvenes valientes, el esposo de una mujer liberal, y un cura de pueblo que quería mucho a los indios, un cura de sesenta años. Desde niño fue el cura Hidalgo de la raza buena: de los que quieren saber. Los que no quieren saber son de la raza mala. Hidalgo sabía francés, que entonces era cosa de mérito, porque lo sabían pocos. Leyó los libros de los filósofos del siglo dieciocho, que explicaron el derecho del

²⁴ *Ibid.*

hombre a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía. Vio a los negros esclavos, y se llenó de horror. Vio maltratar a los indios: que son tan mansos y generosos, y se sentó entre ellos como un hermano viejo, a enseñarles las artes finas que el indio aprende bien: la música, que consuela; la cría del gusano, que da la seda, la cría de la abeja, que da miel. Tenía fuego en sí, y le gustaba fabricar: creó hornos para cocer los ladrillos. Le veían lucir mucho de cuando en cuando los ojos verdes. Todos decían que hablaba muy bien que sabía mucho nuevo, que daba muchas limosnas el señor cura del pueblo de Dolores. Decían que iba a la ciudad de Querétaro una que otra vez, a hablar con unos cuantos valientes y con el marido de una buena señora. Un traidor le dijo a un comandante español que los amigos de Querétaro trataban de hacer a México libre. El cura montó a caballo, con todo su pueblo, que lo quería como a su corazón; se le fueron juntando los caporales y los sirvientes de las haciendas que eran la caballería; los indios iban a pie, con palos y flechas, o con hondas y lanzas. Se le unió un regimiento y tomó un convoy de pólvora que iba para los españoles. Entró triunfante en Celaya, con músicas y vivas. Al otro día juntó el Ayuntamiento, lo hicieron general, y empezó un pueblo a nacer. Él fabricó lanzas y granadas de mano. Él dijo discursos que dan calor y echan chispas, como decía un caporal de las haciendas. Él declaró libres a los negros. Él les devolvió sus tierras a los indios. Él publicó un periódico que llamó *El Despertador Americano*. Ganó y perdió batallas. Un día se le juntaban siete mil indios con flechas, y al otro día lo dejaban solo. La mala gente quería ir con él para robar en los pueblos y para vengarse de los españoles. Él les avisaba a los jefes españoles que si los vencía en la batalla que iba a darles los recibiría en su casa como amigos. ¡Eso es ser grande! e atrevió a ser magnánimo, sin miedo a que lo abandonase la soldadesca, que quería que fuese cruel o compañero. Allende tuvo celos de él, y él le cedió el mando a Allende. Iban juntos buscando amparo en su derrota cuando los españoles les cayeron encima. A Hidalgo le quitaron uno a uno, como para ofenderlo, los vestidos de sacerdote. Lo sacaron detrás de una tapia, y le dispararon los tiros de muerte a la cabeza. Cayó vivo, revuelto en la sangre, y en el suelo lo acabaron de matar. Le cortaron la cabeza y la colgaron en una jaula, en la Alhóndiga misma de Granaditas, donde tuvo su gobierno. Enterraron los cadáveres descabezados. Pero México es libre.²⁵

Pienso que el compacto texto citado ofrece algo más que una referencia simbólica. Se le puede observar desde dos puntos de vista convergentes. El carácter didáctico de la publicación suscita la reflexión acerca de la imagen del cura Hidalgo que el autor deseaba fuese adquirida por niñas y niños. Ésta es la de un hombre de Iglesia envuelto en una causa de justicia, en un proyecto revolucionario, que no ha temido

²⁵ *Ibid*, pp 306-307

involucrarse en un proceso inurreccional a pesar de sus años. No es la imagen de un revoltoso, sino la de un hombre de estudio, sabedor de lenguas extranjeras, lector de obras prohibidas por albergar ideas de renovación social y de dignificación humana. Subraya su identificación con las víctimas, con los oprimidos y maltratados. Destacó sus iniciativas, la capacidad creadora, la generosidad y el valor. Valoró la magnitud del gesto batallador y dos de sus medios más radicales: liberar a los esclavos y devolver la tierra a los indígenas despojados por la conquista. El otro punto de vista que debemos observar es el de su convergencia con la trayectoria descrita. Más allá de la información trasladada están las identificaciones íntimas con la ejecutoria de Hidalgo. Hay frases en las cuales palpita una suerte de transustanciación: los negros que vio, los indios, el fuego de sí... la muerte indignante. En frases breves, cortadas, rítmicas, como a pa o marcial, cierra la dolorosa y costosa historia que remata en "México es libre"

Mirando de este modo, por intermedio de una semblanza biográfica, descrita de modo elevado y sintético, sin concesiones retóricas, revela el drama del surgimiento de pueblos nuevos, nuevas nacionalidades emergentes de un proceso de colonización, las cuales han llegado tortuosamente a la autopercepción de intereses diversos, de especificidades distintivas y rompen el cascarón que cierra el paso a su desarrollo. Constituye una narración histórica que apenas en construcción comienza a ser desvirtuada por un enfoque oligarquico etnocéntrico.

Desde luego es un relato supersintético, pero abarca lo fundamental sin maquillajes edulcorantes, ni mentiras piadosas. Las pocas imprecisiones o errores detectables se deben casi seguro a las limitaciones de información de la época. Desde luego, es una visión ejemplarizante y como tal subraya las cualidades que enaltecen o exaltan al individuo trocado en heroico adalid en los instantes de supremas decisiones. Les atribuyó un don excepcional al llamarlos *fundadores*. Término corriente entonces para adjudicarlo a estas personalidades. Padres y fundadores, quienes echan la semilla y colocan los cimientos de un Estado nuevo. Por supuesto términos seminales que luego se ven plagados y contaminados de otros sentidos más dirigidos a distanciar y establecer distinguos que a desempeñar e como alicientes de conducta por encima de las apetencias cotidianas.

Un escultor es admirable, porque saca una figura de la piedra bruta pero esos hombres que hacen pueblos son como más que hombres. Quisieron algunas veces lo que no debían querer, pero, ¿qué no le perdonara un hijo a su padre? El corazón se llena de ternura al pensar en esos gigantes

fundadores. Ésos son héroes; los que pelean para hacer a los pueblos libres, o los que padecen en pobreza y desgracia por defender una gran verdad. Los que pelean por la ambición. Por hacer esclavos a otros pueblos, por tener más mando, por quitarle a otro pueblo sus tierras, no son héroes sino criminales.²⁶

Es evidente que el culto cívico establecido luego por las clases dominantes en las nuevas repúblicas no tuvo los mismos propósitos que el culto a la revolución expuesto por Martí. No es lo mismo la mitificación de origen popular que la urdida por los intelectuales orgánicos de las oligarquías alienadas. Más bien todo lo contrario. Y el revolucionario cubano alcanzó no sólo a verlo en sus evidentes rasgos sino a denunciarlo en un texto que me parece que puede provocar escozores en la élite contemporánea que aún suele realizar estas prácticas y propagandas bajo las cuales subyacen el egoísmo de clase y la falta de valor práctico para enfrentar las prepotencias hegemónicas:

De un lado se están poniendo en América los que, sin fuerzas para cumplir con los deberes que les imponen, prefieren renegar de las glorias americanas, como si con esto se librasen del mote de menguados y egoístas; y de otro lado, los que, sin rencillas imbéciles por una parte, pero sin excesos lamentables de lo que demanda el espíritu de raza por la otra, se estrechan, ponen en alto la bandera nueva y van rehaciendo la cuja en que se yerguen, que aquellos otros muerden a escondidas, gateando al favor de su sombra. De un lado los que cantan la forma de nuestras glorias, pero abjurán y maldicen de su esencia, y de otro los que tienen tamaño de fundadores de pueblos, y, por sobre el miedo de los timoratos y las preocupaciones de la gente vana, no quieren hacer de la América alfombra para naciones que les son inferiores en grandeza y espíritu, sino el pueblo original y victorioso anticipado por sus héroes, impuesto por su naturaleza y hoy sobradamente mantenido en estima por sus hijos; no por los que con el mismo plectro —porque esos usan plectro— endiosan a Bolívar y a sus tenientes, y al espíritu ¡oh vergüenza! contra el que aquellos hombres magnánimos combatieron; sino por aquellos otros americanos que cuidan más de cumplir dolorosamente su deber de hijos de América en tiempos difíciles, que de pavonear serventesios y liras humildes, en cambio de interesados aplausos, a los ojos de regocijadas tierras extranjeras. Los conocemos, los conocemos. Y los más sinceros son en política como esos raquíticos naturalistas de ojos cortos, que de puro mirar a los detalles pierden la capacidad de entender, a pesar de sus grietas y de sus cataclismos, la armonía de la Naturaleza; son siervos naturales, que no pueden levantar la frente de la tierra; son como flacas hembras que no saben resistir una caricia. Un título los

²⁶ *Ibid.*, p. 308

compra. con lisonjas y celebracioncillas se les tiene. Decimos que los conocemos.²⁷

Contra las deformaciones de la historia y del papel de sus protagonistas muchos historiadores han venido trabajando desde hace años. Ha sido una labor necesaria que no se debe obstruir, al contrario, se debe estimular. Naturalmente, han llegado a esas playas todo género de desmitificaciones. Unas para suplantar las ya agotadas; otras, con el pretexto de humanizar a los héroes y sacarlos de tan frágil Olimpo, les han restado grandeza, enfocando su interés en los errores y debilidades humanas. Así, se pasaba abruptamente de todo ala a todo vulgaridad. Los esfuerzos por contextualizar las acciones heroicas en todas y plenitud no han perdido tanto terreno frente a estos juicios hipercríticos y malabarismos de trivialización como ante la caricaturización de las conductas paradigmáticas por los medios masivos de comunicación. Ahí está el mayor peligro, para opacar y minimizar a los grandes protagonistas de nuestra historia latinoamericana y transformarlos en unos esperpentos fáciles de chacotear y arrojar al vertedero de la historia. De ahí la importancia de una recuperación seria de nuestra historia y de los grandes jefes desde un punto de vista histórico, que sepa distinguir lo esencial de lo superfluo y sirva para avanzar el conocimiento que nos permita orientarnos hacia un mundo mejor en todos los sentidos.

²⁷ *Ibid.* , tomo 7, pp. 252-253